

LOS TRES PASTELES

Por el P. MIGUEL SELGA S. J.

A LOS NIÑOS

Gijón, enclavada en la provincia española de Oviedo, en la costa del Cantábrico, es una ciudad eminentemente industrial y comercial. En ella regentaba una escuela, años atrás, D. Joaquín, el maestro más bñdado que hallé en los días de mi vida. Con cariño educaba a enjambres de chiquillos, casi todos pobres y desarraigados, pero buenos todos, como un pedazo de pan bendito. Ni en vacaciones les dejaba de la mano, sacábales de paseo por la tarde, dejábales correr por aquellos campos, en los cuales la naturaleza ha sembrado jardines y prados de maravillas. Damas caritativas, agregadas al Apostolado de la Oración, fundaron para ellos una cantina escolar, donde se les daba, todos los días, una comida abundante y bien condimentada. En una fiesta de la comarca, una señora rica se sintió generosa y les llevó bandejas de pasteles. Había abundancia para todos. Entre aquellos chicos se distinguía uno, no por su pobreza, ni por su saber, sino porque tenía mejor corazón que ninguno. Dieron a este muchacho el pastel que le tocaba. Tomólo él con entusiasmo, porque los dulces le enloquecían y acercándose a la señora, que hacía aquel regalo, le dijo.

—¿Este pastel, para quien es?

—Para tí... ¿para quien va a ser?

—Señora, añadió el niño, al lado de mi casa hay otro niño, que es muy amigo mío. Es muy bueno y muy pobre. Está baldadito, que no puede caminar. Señora, deme usted otro pastel para él.—Decíalo el niño con tal acento de verdad y cariño, que la señora no dudó:

—Toma—le dijo—toma dos pasteles; uno para tu amigo y otro para tí, por tener tan buen corazón. Y corriendo se fué a su casa el chiquillo, con aquellos dos pasteles envueltos en un papel de seda. Por el camino iba pensando:

Qué bien nos van a saber estos dos pasteles tan riquísimos." Nunca corrió tanto aquel muchacho. En pocos momentos ya estaba llamando a la puerta de la casa de su amigo, que se llamaba Pedrín.

—Mira, Pedrín—gritaba—míralo que traigo: un pastel para tí y otro para mí. ¡Yo, allá en la cantina escolar, ya me comí otro... ¡dos pasteles hoy! ¡Y qué sabrosos!

Salió al punto Pedrín sostenido por los bastones, que eran sus pies y sus únicos medios de locomoción.

—A ver, a ver—decía, saboreando ya aquel delicioso pastel.

Abrió el papel el muchacho... allí estaban los dos pasteles... eran grandes y hermosos.

—Ya verás que bien saben—dijo el niño de buen corazón... están riquísimos. En aquel momento apareció en escena la madre de Pedrín, que andaba trajinando por la cocina.

—¡A ver, a ver!—salió diciendo... los vió la golosa mujer y dijo:

—Y para mí, ¿no hay nada? ¡Dios mío, los siglos que hace que no pruebo pasteles!

El niño de buen corazón no vaciló un momento.

—Tome—dijo — para usted... que yo ya he comido uno... Don Joaquín nos tiene dicho que el Niño Jesús toma, como hechos a sí propio, los obsequios que hacemos al prójimo. Yo deseo que el Niño Jesús algún día me diga "Me gustan los pasteles de Gijón."

Aquel niño pobre, pero de sentimientos tan nobles y caritativos vió cómo Pedrín y su madre saboreaban los dos pasteles... él saboreaba un deleite mucho mayor, la práctica de la caridad aprendida en la escuela y la dulzura sabrosa de ver un rayo de alegría en el rostro de dos pobres como él.

Al oír este relato un profesor encanecido en la enseñanza exclamó: No me admira que mi hijo, que todos los días merienda pasteles y devora bombones, se desprenda de una golosina y la dé a un pobre. Lo sublime y heroico es que ese acto de caridad salga del corazón de un niño, que se viste de trapos viejos y rara vez acerca un bombón y un pastel a sus labios. ¡Tres vivas por el Niño de buen corazón y otros tres para el maestro D. Joaquín!